

COMISIÓN TEOLÓGICA INTERNACIONAL

LA TEOLOGÍA HOY: PERSPECTIVAS, PRINCIPIOS Y CRITERIOS

CAPÍTULO II

PERMANECER EN LA COMUNIÓN DE LA IGLESIA

20. El auténtico lugar de la teología está dentro de la Iglesia, que ha sido reunida por la Palabra de Dios. La eclesialidad de la teología es un aspecto constitutivo de la tarea teológica porque la teología se basa en la fe, y la fe es a la vez personal y eclesial. La revelación de Dios se dirige a la convocatoria y a la renovación del pueblo de Dios, y por medio de la Iglesia los teólogos reciben el objeto de su investigación. En la teología católica, ha habido una reflexión notable sobre los *loci* de la teología, esto es, sobre los puntos fundamentales de referencia de la tarea teológica[1]. Es importante conocer no solo los *loci* sino también su peso relativo y la relación que se da entre ellos.

1. El estudio de la Escritura como alma de la teología

21. El «estudio de la sagrada página» debería ser el «alma de la sagrada teología»[2]. El papa Benedicto XVI insiste en que: «cuando la teología no es esencialmente interpretación de la Escritura en la Iglesia, esta teología ya no tiene fundamento»[3]. La teología debería ser conforme a las Escrituras en su totalidad, y las Escrituras deberían sostener y acompañar todo trabajo teológico, porque la teología se interesa por «la verdad del Evangelio» (Gál 2,5), y puede conocer esa verdad solamente si investiga su testimonio normativo en el canon de la Sagrada Escritura[4] y si, haciendo esto, pone en relación las palabras humanas de la Biblia con la Palabra de Dios viva. «Los exegetas católicos no deben jamás olvidar que lo que ellos interpretan es la Palabra de Dios [...] El objetivo de su trabajo no se alcanza más que cuando han iluminado el sentido del texto bíblico como palabra actual de Dios»[5].

22. *Dei Verbum* entiende la tarea de la exégesis como un determinar «qué es lo que Dios ha querido comunicarnos»[6]. Para comprender y explicar el significado de los textos bíblicos[7], se debe hacer uso de todos los métodos literarios, históricos y filológicos apropiados, con el fin de aclarar y entender las Sagradas Escrituras en su propio contexto y periodo. De este modo, la historicidad de la revelación se tiene metodológicamente en cuenta. *Dei Verbum* 12 se refiere en particular a la necesidad de prestar atención a las formas literarias: «Pues la verdad se propone y expresa de una u otra forma en los textos históricos (en sus diversas modalidades), proféticos o poéticos, o en otras clases de discurso». Desde el Concilio, se han desarrollado métodos adicionales que pueden abrirnos hacia aspectos nuevos del significado de las Sagradas Escrituras[8]. *Dei Verbum* 12 indica, no obstante, que para conocer «la dimensión divina de la Biblia» y conseguir una interpretación «teologal» de la misma, se deben tomar en consideración tres «criterios fundamentales»[9]: la unidad de las Escrituras, el testimonio de la Tradición y la analogía

de la fe[10]. El concilio se refiere a la unidad de las Escrituras porque la Biblia testimonia la completa verdad de la salvación solamente en su totalidad pluriforme[11]. La exégesis ha desarrollado vías metodológicas para tener en cuenta el canon de las Escrituras en su conjunto como una referencia hermenéutica para interpretar las Escrituras. Se puede así establecer la importancia de la ubicación y contenido de los distintos libros y perícopas. Pero sobre todo, como enseña el Concilio, la exégesis debería esforzarse en leer e interpretar los textos bíblicos en el marco de la fe y de la vida del pueblo de Dios, sostenido a través de los tiempos por medio de la obra del Espíritu Santo. Es en este contexto en el que la exégesis busca el sentido literal y se abre al sentido espiritual o pleno (*sensus plenior*) de las Escrituras[12]. «Solo donde se aplican los dos niveles metodológicos, el histórico-crítico y el teológico, se puede hablar de una exégesis teológica, de una exégesis adecuada a este libro»[13].

23. Al decir que el estudio de las Sagradas Escrituras es el «alma» de la teología, *Dei Verbum* tiene en mente todas las disciplinas teológicas. Este fundarse en la Palabra de Dios revelada, según la testimonian las Escrituras y la Tradición, es esencial para la teología. Su tarea principal es interpretar la verdad de Dios como verdad salvadora. Impulsada por el Vaticano II, la teología católica busca, en todo su trabajo, escuchar la Palabra de Dios y por medio de ella el testimonio de las Escrituras[14]. Por ello, en los ensayos teológicos los temas bíblicos deberían ocupar el primer lugar, por delante de cualquier otra cosa[15]. Este enfoque se corresponde de nuevo con el de los Padres de la Iglesia, quienes «son en primer lugar y esencialmente “comentadores de la Sagrada Escritura”» [16] y abre la posibilidad de la colaboración ecuménica: «la escucha común de las Escrituras nos impulsa hacia [...] el diálogo de la caridad y hace crecer el diálogo de la verdad»[17].

24. Es criterio de teología católica el deber de sacar continuamente conclusiones partiendo del testimonio canónico de las Escrituras y de promocionar el anclaje de toda la doctrina y práctica de la Iglesia en dicho testimonio, de modo «que toda predicación eclesial, al igual que la misma religión cristiana, se nutra y se rija por la Sagrada Escritura»[18]. La teología debería esforzarse en abrir con amplitud las Escrituras a los fieles cristianos [19], de forma que estos puedan entrar en contacto con la Palabra viva de Dios (cf. *Heb* 4,12).

2. La fidelidad a la Tradición apostólica

25. Los Hechos de los Apóstoles describen la vida de las primeras comunidades cristianas de una forma que es esencial para la Iglesia de todos los tiempos: «Perseveraban en la enseñanza de los apóstoles, en la comunión, en la fracción del pan y en las oraciones» (*Hch* 2,42; cf. *Ap* 1,13). Esta descripción sucinta, que se pone al final del relato de Pentecostés, cuando el Espíritu Santo abre las bocas de los apóstoles para que prediquen y atraigan a muchos de quienes los oían a la fe, resalta distintos aspectos esenciales relativos a cómo el Espíritu opera continuamente en la obra de la Iglesia. Hay aquí ya un esbozo anticipatorio de la enseñanza de la Iglesia y de la vida sacramental, de su espiritualidad y compromiso con la caridad. Todo esto comenzó en la comunidad apostólica, y la transmisión de este modo de vida íntegro en el Espíritu es la Tradición apostólica. La *lex orandi* (la norma de la oración), *lex credendi* (la norma de la fe) y *lex vivendi* (la norma de la vida) son aspectos esenciales de esta Tradición. Pablo se refiere a la Tradición a la que ha sido incorporado como apóstol, cuando habla de la «transmisión» que él mismo «recibió» (*1 Cor* 15,1-11; cf. también *1 Cor* 11,23-26).

26. La Tradición, por tanto, es algo vital y vivo, un proceso continuado en el que la unidad de la fe encuentra expresión en la variedad de idiomas y en la diversidad de culturas. Deja de ser Tradición si se fosiliza. «Esta Tradición que procede de los apóstoles progresa en la Iglesia bajo la asistencia del Espíritu Santo: pues crece la percepción tanto de las cosas como de las palabras transmitidas [...] Así, la Iglesia, con el correr de los siglos, tiende constantemente a la plenitud de la verdad divina hasta que en ella se consumen las palabras de Dios»[20]. La Tradición tiene lugar por el poder del Espíritu Santo, quien, tal y como Jesús prometió a sus discípulos, guía a la Iglesia hacia la completa verdad (cf. *Jn* 16,13), consolidando firmemente la memoria del mismo Jesús (cf. *Jn* 14,26), manteniendo a la Iglesia fiel a sus orígenes apostólicos, permitiendo la transmisión segura de la fe, e impulsando una siempre nueva presentación del Evangelio bajo la dirección de los pastores que son sucesores de los apóstoles[21].

Por tanto, los componentes vitales de la Tradición son: el constante estudio renovado de las Sagradas Escrituras, la sabiduría litúrgica, la atención a lo que el testimonio de la fe ha enseñado a través de los tiempos, la catequesis que fomenta el crecimiento en la fe, la práctica del amor a Dios y al prójimo, el ministerio eclesial estructurado y el servicio prestado por el Magisterio a la Palabra de Dios. Lo que lleva a comprender «todo lo que contribuye para que el Pueblo de Dios lleve una vida santa y crezca en su fe». La Iglesia «en su doctrina, vida y culto perpetúa y transmite a todas las generaciones todo lo que ella es, todo lo que cree»[\[22\]](#).

27. «Los dichos de los Santos Padres son un testimonio de la presencia vivificadora de esta Tradición, cuyas riquezas se transfunden en la praxis y la vida de la Iglesia creyente y orante»[\[23\]](#). Dado que los Padres de la Iglesia, tanto de oriente como de occidente, han jugado un papel singular en la transmisión fiel y en la explicación de la verdad revelada[\[24\]](#), sus escritos son un punto de referencia específico (*locus*) para la teología católica. La Tradición, conocida y vivida por los Padres, era multifacética y pujante de vida, como puede verse a través de la pluralidad de familias litúrgicas y de las tradiciones espirituales y exegético-teológicas (por ejemplo, en las escuelas de Alejandría y Antioquía), una pluralidad firmemente arraigada y unida en la única fe. Durante las grandes controversias teológicas de los siglos IV y V, la conformidad o disconformidad de una doctrina con el consenso de los Padres era prueba de ortodoxia o herejía[\[25\]](#). Para Agustín, el testimonio común de los Padres era la voz de la Iglesia[\[26\]](#). Los concilios de Calcedonia y de Trento comenzaron sus declaraciones solemnes con la fórmula: «Siguiendo a los Santos Padres...»[\[27\]](#), y el de Trento y el Concilio Vaticano I indicaron claramente que, el «consenso unánime» de los Padres, era una guía segura para la interpretación de las Escrituras[\[28\]](#).

28. Muchos de los Padres eran obispos que se reunían con sus obispos hermanos en los concilios, primero regionales y más tarde mundiales o «ecuménicos». Todo ello, marcó la vida de la Iglesia desde los primeros siglos, siguiendo el ejemplo de los apóstoles (cf. *Hch* 15,6-21). Frente a las herejías cristológicas y trinitarias que amenazaron la fe y la unidad de la Iglesia durante la etapa patristica, los obispos se reunieron en grandes concilios ecuménicos —Nicea I, Constantinopla I, Éfeso, Calcedonia, Constantinopla II, Constantinopla III y Nicea II— para condenar los errores y proclamar la fe ortodoxa en credos y definiciones de la fe. Estos concilios establecieron que sus enseñanzas, en particular sus definiciones solemnes, eran vinculantes de forma normativa y universal; y estas definiciones, expresan y pertenecen a la Tradición apostólica y continúan sirviendo a la fe y a la unidad de la Iglesia. Los concilios posteriores que han sido reconocidos como ecuménicos en occidente continúan con esta práctica. El Concilio Vaticano II se refiere al ministerio docente o magisterio del Papa y de los obispos de la Iglesia, y establece que los obispos enseñan infaliblemente cuando, o bien reunidos con el obispo de Roma en un concilio ecuménico o en comunión con él aunque estén diseminados a lo largo del mundo, acuerdan que una enseñanza en particular, concerniente a la fe o a la moral, debe sostenerse «como definitiva». El Papa mismo, cabeza del colegio episcopal, enseña infaliblemente cuando «como pastor y maestro supremo de todos los fieles [...] proclama por un acto definitivo la doctrina en cuestiones de fe y moral»[\[29\]](#).

29. La teología católica reconoce la autoridad de la enseñanza de los concilios ecuménicos, el magisterio ordinario y universal de los obispos y el magisterio papal. Reconoce el estatus especial de los dogmas, esto es, afirmaciones «en las que la Iglesia proclama de tal modo una verdad revelada de forma definitiva y obligatoria para la totalidad del pueblo cristiano, que su negación es rechazada como herejía y estigmatizada con anatema»[\[30\]](#). Los dogmas pertenecen a la Tradición apostólica viva y en camino. Los teólogos son conscientes de las dificultades que acompañan a su interpretación. Por ejemplo, es necesario comprender la cuestión precisa que se estudia a la luz del su contexto histórico y discernir cómo el significado y contenido de un dogma se relacionan con su formulación[\[31\]](#). No obstante, los dogmas son puntos seguros de referencia para la fe de la Iglesia y son utilizados como tales en la reflexión y argumentación teológica.

30. En la fe católica, las Escrituras, la Tradición y el Magisterio de la Iglesia están inseparablemente unidos. «La sagrada Tradición y la Sagrada Escritura constituyen un único depósito sagrado de la Palabra de Dios confiado a la Iglesia», y «la misión de interpretar auténticamente la Palabra de Dios escrita o transmitida le ha sido confiada solo al

Magisterio vivo de la Iglesia»[32]. Las Sagradas Escrituras no son un simple texto sino *locutio Dei* [33] y *verbum Dei* [34], testimoniada inicialmente por los profetas del Antiguo Testamento y en última instancia por los apóstoles en el Nuevo Testamento (cf. *Rom* 1,1s). Habiendo surgido en el seno del Pueblo de Dios, y habiendo sido unificada, leída e interpretada por el Pueblo de Dios, la Sagrada Escritura pertenece a la Tradición viva de la Iglesia como testimonio canónico de la fe de todos los tiempos. De hecho, «La Escritura es el primer miembro de la tradición escrita»[35]. «Por consiguiente, la Escritura ha de ser proclamada, escuchada, leída, acogida y vivida como Palabra de Dios, en el seno de la Tradición apostólica, de la que no se puede separar»[36]. Este proceso se sostiene en el Espíritu Santo, «por quien la voz viva del Evangelio resuena en la Iglesia, y por ella en el mundo»[37]. «La Sagrada Escritura, en efecto, es el hablar de Dios en tanto que, por inspiración del Espíritu divino, es consignado por escrito; mientras que la sagrada Tradición transmite íntegramente la Palabra de Dios, confiada por Cristo Señor y por el Espíritu Santo a los apóstoles, a los sucesores de estos; para que, guiados por la luz del Espíritu de la verdad, la sirvan, expongan y difundan fielmente en su predicación. Sucede así que la Iglesia obtiene su certeza acerca de todas las cosas reveladas no por la sola Sagrada Escritura»[38]. También obtiene dicha certeza de la Tradición apostólica, porque esta última es el proceso vivo de la escucha de la Palabra de Dios por la Iglesia.

31. El Vaticano II distinguió entre la Tradición y aquellas tradiciones que pertenecen a etapas concretas de la historia de la Iglesia, o a regiones o comunidades particulares, tales como órdenes religiosos o iglesias locales concretas[39]. La distinción entre la Tradición y las tradiciones ha sido una de las tareas más importantes de la teología católica a partir del Vaticano II y en general de la teología en las últimas décadas[40]. Se trata de una tarea profundamente relacionada con la catolicidad de la Iglesia, y que tiene muchas repercusiones ecuménicas. Son numerosas las cuestiones que surgen, por ejemplo: «¿Es posible determinar más precisamente cuál es el contenido de la única Tradición? ¿Con qué medios? ¿Contienen todas las tradiciones que se dicen cristianas la Tradición? ¿Cómo podemos distinguir entre las tradiciones que incorporan la verdadera Tradición y aquellas tradiciones meramente humanas? ¿Dónde encontramos la verdadera Tradición y dónde una tradición empobrecida o incluso distorsionada?»[41]. Por una parte, la teología debe mostrar que la Tradición apostólica no es algo abstracto, sino que existe de una manera concreta en diferentes tradiciones que se han formado en el seno de la Iglesia. Por otra, la teología tiene que considerar por qué determinadas tradiciones son características no de la Iglesia en su conjunto, sino de órdenes religiosos, iglesias locales o etapas históricas en concreto. Mientras que el uso de la crítica no es adecuado en lo que concierne a la Tradición apostólica en sí misma, las *tradiciones* deben siempre estar abiertas a la crítica, de manera que pueda tener lugar la «reforma permanente» de la que la Iglesia tiene necesidad[42], y que la Iglesia pueda renovarse a sí misma de forma permanente en su único fundamento, que es Jesucristo. Tal crítica busca verificar si una tradición específica expresa de hecho la fe de la Iglesia en un lugar y momento concretos, para reforzarla o corregirla consecuentemente por medio del contacto con la fe viva de todos los tiempos y lugares.

32. La fidelidad a la Tradición apostólica es criterio de teología católica. Esta fidelidad precisa de una recepción activa y discerniente de las distintas expresiones y testimonios de la Tradición apostólica en curso. Implica el estudio de las Sagradas Escrituras, de la liturgia y de los escritos de los Padres y Doctores de la Iglesia, y la atención a la enseñanza del Magisterio.

3. La atención al «sensus fidelium»

33. En su primera Carta a los tesalonicenses, san Pablo escribe: «Por tanto, también nosotros damos gracias a Dios sin cesar, porque, al recibir la palabra de Dios, que os predicamos, la acogisteis no como palabra humana, sino, cual es en verdad, como palabra de Dios que permanece operante en vosotros los creyentes» (1 *Tes* 2,13). Estas palabras ilustran aquello a lo que el Vaticano se refiere como «el sentido sobrenatural de la fe (*sensus fidei*) de todo el pueblo»[43], y «la íntima inteligencia que experimentan de las cosas espirituales»[44] los fieles, esto es, el *sensus fidelium*. El sujeto de la fe es el pueblo de Dios en su conjunto, que por la fuerza del Espíritu afirma la Palabra de Dios. Por ello, el Concilio declara que el pueblo de Dios entero participa en el ministerio profético de Jesús[45], y que, ungido por el Espíritu Santo (cf. 1 *Jn* 2,20.27), «no puede equivocarse en la fe»[46]. Los pastores que guían al pueblo

de Dios, sirviendo a su fe, son ellos mismos, en primer lugar, miembros de la comunidad de creyentes. Por ello, *Lumen gentium* habla primero del pueblo de Dios y del *sensus fidei* que tiene[47], y luego de los obispos[48] quienes, a través de la sucesión apostólica en el episcopado y de la recepción de su *carisma veritatis certum* (carisma seguro de verdad) propio y específico[49], conforman, como colegio en comunión jerárquica con su cabeza, el obispo de Roma y sucesor de san Pedro en la sede apostólica [50], el Magisterio de la Iglesia. Asimismo, *Dei Verbum* enseña que la Palabra de Dios ha sido «confiada a la Iglesia» y se refiere a «todo el pueblo santo» adhiriéndose a ella antes de especificar que el Papa y los obispos tienen la tarea de interpretar auténticamente la Palabra de Dios[51]. Este mandato es esencial para la teología católica. Como dijo San Agustín: «Vobis sum episcopus, vobiscum sum christianus»[52].

34. La naturaleza y ubicación del *sensus fidei* o *sensus fidelium* deben ser entendida adecuadamente. El *sensus fidelium* no significa simplemente la opinión mayoritaria en un momento o cultura dados, ni es solo una confirmación secundaria de lo que el Magisterio enseña primero. El *sensus fidelium* es el *sensus fidei* del conjunto del pueblo de Dios que es obediente a la Palabra de Dios y es conducido en los caminos de la fe por sus pastores. Por tanto, el *sensus fidelium* es el sentido de la fe que está profundamente enraizado en el pueblo de Dios que recibe, comprende y vive la Palabra de Dios en la Iglesia.

35. Para los teólogos, el *sensus fidelium* es de gran importancia. No es solo un objeto de atención y respeto, es también una base y un *locus* para su trabajo. Por un lado, los teólogos dependen del *sensus fidelium*, porque la fe que exploran y explican vive en el pueblo de Dios. Está claro, por tanto, que los mismos teólogos deben participar en la vida de la Iglesia para tener verdaderamente conocimiento de ella. Por otro lado, es precisamente parte del servicio específico de los teólogos, dentro del cuerpo de Cristo, explicar la fe de la Iglesia tal como se encuentra en las Escrituras, la liturgia, credos, dogmas, catequesis, y en el *sensus fidelium* mismo. Los teólogos ayudan a aclarar y a articular el contenido del *sensus fidelium*, reconociendo y mostrando que los aspectos relativos a la verdadera fe pueden ser complejos, y que la investigación de los mismos debe ser precisa[53]. Les toca también a ellos, en ocasiones, examinar críticamente expresiones de la piedad popular, nuevas corrientes de pensamiento y nuevos movimientos en el seno de la Iglesia en nombre de la fidelidad a la Tradición apostólica. Las afirmaciones críticas de los teólogos deben ser siempre constructivas; deben ofrecerse con humildad, respeto y caridad: «El conocimiento (*gnosis*) engríe, mientras que el amor (*agape*) edifica» (1 Cor 8,1).

36. La atención al *sensus fidelium* es un criterio de teología católica. La teología debería esforzarse en descubrir y articular correctamente lo que de hecho cree el fiel católico. Debe declarar con amor la verdad, de forma que el fiel pueda madurar en la fe y no ser «llevado a la deriva por todo viento de doctrina» (Ef 4,14s).

4. La adhesión responsable al Magisterio eclesial

37. En la teología católica, el Magisterio es un factor integral de la empresa teológica, puesto que la teología recibe su objeto de Dios por medio de la Iglesia, cuya fe es interpretada auténticamente «solo por el Magisterio vivo de la Iglesia»[54], esto es, por el Magisterio del Papa y de los obispos. La fidelidad al Magisterio es necesaria para que la teología pueda ser ciencia de la fe (*scientia fidei*) y tarea eclesial. Una metodología teológica correcta requiere, por tanto, una comprensión adecuada de la naturaleza y autoridad del Magisterio y sus diversos niveles, y de las relaciones que realmente existen entre el Magisterio eclesial y la teología[55] 55. Los obispos y los teólogos tienen vocaciones diferentes, y deben respetar las competencias propias de cada uno, para evitar que el Magisterio reduzca la teología a mera ciencia repetitiva o que los teólogos pretendan sustituir el Magisterio de los pastores de la Iglesia.

38. La comprensión de la Iglesia como comunión es un buen marco en el que considerar cómo la relación entre los teólogos y los obispos, entre la teología y el Magisterio, puede ser de colaboración fructífera. Lo primero que hay que reconocer es que tanto los teólogos en su tarea, como los obispos en su magisterio, se encuentran bajo la primacía de la Palabra de Dios, y nunca por encima de ella[56]. Entre los obispos y los teólogos debería haber una mutua

colaboración respetuosa: en su escucha obediente a esta Palabra y en la proclamación fiel de la misma; en su atención al *sensus fidelium* y en el servicio para que la fe crezca y madure; en su preocupación por transmitir la Palabra a generaciones futuras, respetando las nuevas cuestiones y retos; y en su testimonio lleno de esperanza de los dones ya recibidos; en todas estas tareas, obispos y teólogos tienen sus respectivos cometidos en una misión común[57], en la que teología y Magisterio encuentran su propia legitimación y finalidad[58]. La teología investiga y articula la fe de la Iglesia, y el Magisterio eclesiástico proclama esa fe y la interpreta auténticamente[59].

39. Por una parte, el Magisterio necesita de la teología para demostrar en sus intervenciones no solo autoridad doctrinal, sino también competencia teológica y capacidad para la evaluación crítica, de manera que se debería llamar a los teólogos para ayudar en la preparación y formulación de los pronunciamientos magisteriales. Por otra parte, el Magisterio es una ayuda indispensable para la teología porque transmite auténticamente el depósito de la fe (*depositum fidei*), particularmente en momentos decisivos de discernimiento. Los teólogos deberían reconocer la contribución de las declaraciones magisteriales al progreso teológico y deberían colaborar, aceptando dichas declaraciones. Las intervenciones magisteriales pueden por sí mismas estimular la reflexión teológica, y los teólogos deberían mostrar cómo sus propias contribuciones son conformes con declaraciones doctrinales previas del magisterio y las desarrollan. Hay en la Iglesia, de hecho, un cierto «magisterio» de los teólogos[60], pero no hay sitio para magisterios paralelos, opuestos o alternativos[61], o para visiones que podrían separar a la teología del Magisterio de la Iglesia.

40. Cuando el Magisterio llega a la interpretación «auténtica» de la fe, desempeña un papel que la teología simplemente no puede tomar para sí. La teología no puede sustituir una sentencia proveniente de los obispos por otra proveniente de la comunidad teológica científica. La aceptación de esta función del Magisterio en relación con la autenticidad de la fe requiere el reconocimiento de los distintos niveles de las afirmaciones magisteriales[62]. Estos distintos niveles dan lugar correspondientemente a una respuesta diferenciada por parte de los fieles y de los teólogos. No toda la enseñanza magisterial tiene el mismo peso. Esto es importante para el trabajo de la teología, y, de hecho, los distintos niveles se describen por medio de lo que se denominan «cualificaciones o notas teológicas»[63].

41. Precisamente debido a esta graduación, la obediencia que los teólogos, como miembros del pueblo de Dios, deben hacia el Magisterio conlleva siempre evaluación y comentario crítico constructivo[64]. Mientras que «el disenso» hacia el Magisterio no tiene lugar en el seno de la teología católica, la investigación y el cuestionamiento sí está justificado y son incluso necesarios cuando la teología quiere cumplir su tarea[65]. Sea cual sea la situación, una mera obediencia o adhesión formal y externa por parte de los teólogos no es suficiente. Los teólogos deberían esforzarse en profundizar en su reflexión sobre la verdad proclamada por el Magisterio de la Iglesia y deberían ambicionar que repercutiera en la vida cristiana y en el servicio de la verdad. De esta manera, los teólogos cumplen su propia tarea y la enseñanza del Magisterio no se ve reducida a meras citas que decoran los discursos teológicos.

42. La relación entre los obispos y los teólogos es a menudo buena y de mutua confianza, con el debido respeto a las vocaciones y responsabilidades de unos y otros. Por ejemplo, los obispos asisten y participan en las reuniones nacionales y regionales de asociaciones teológicas, hacen llamar a expertos en teología cuando formulan sus propias enseñanzas y políticas, y visitan y prestan apoyo a las facultades y escuelas de teología en sus diócesis. Inevitablemente, habrá tensiones en algunos momentos en la relación entre los teólogos y los obispos. En su profundo análisis de la interacción dinámica, en el seno del organismo vivo de la Iglesia, de los tres ministerios de Cristo como profeta, sacerdote y rey, el beato John Henry Newman reconoció la posibilidad de dichos «choques y diferencias crónicas», y está bien recordar que él las veía como «pertenecientes a la misma naturaleza de la cuestión»[66]. «La teología es el principio esencial y regulador de todo el sistema de la Iglesia», escribió, y, sin embargo, «no puede marchar siempre por su propio camino»[67]. Respecto a las tensiones entre los teólogos y el Magisterio, la Comisión Teológica Internacional dijo en 1975: «dondequiera que hay vida verdadera, hay igualmente tensión. Pero esta no debe ser interpretada en el tono de la hostilidad ni de una verdadera oposición: representa, por

el contrario, un factor de dinamismo y un estímulo que incita al Magisterio y a la teología a desempeñar concertadamente sus funciones respectivas practicando el diálogo»[68].

43. La libertad de la teología y de los teólogos es un tema de especial interés[69]. Esta libertad «se deriva de su responsabilidad científica»[70]. La idea de la adhesión al Magisterio lleva algunas veces a la distinción entre la llamada teología «científica» (sin presupuestos de fe o fidelidad eclesial) y la llamada teología «confesional» (elaborada dentro de una confesión religiosa), pero tal distinción no es correcta[71]. También surgen otros debates al considerar la libertad de conciencia de los creyentes o la importancia del progreso científico en la investigación teológica, y el Magisterio es visto, algunas veces, como una fuerza represora o un freno al progreso. La investigación de tales materias constituye una parte de la tarea teológica, de manera que los aspectos científicos y confesionales de la teología se integren adecuadamente, y se vea la libertad de la teología dentro del horizonte del designio y voluntad de Dios.

44. Es criterio de teología católica adherirse responsablemente al Magisterio en sus distintas graduaciones. Los teólogos católicos deberían reconocer la competencia de los obispos, y especialmente del colegio de obispos del que el Papa es cabeza, para proporcionar una interpretación auténtica de la Palabra de Dios procedente de las Escrituras y de la Tradición[72].

5. La comunidad de los teólogos

45. Como en el caso de todas las vocaciones cristianas, el ministerio de los teólogos, al tiempo que personal, es también comunitario y colegial; esto es, se ejerce en la Iglesia y para la Iglesia en conjunto, y se vive en solidaridad con aquellos que tienen la misma llamada. Los teólogos son correctamente conscientes y están orgullosos de los vínculos profundos de solidaridad que les unen los unos a los otros en el servicio al cuerpo de Cristo y al mundo. De muchas maneras, como colegas en las facultades y escuelas de teología, como miembros de sociedades y asociaciones teológicas, como colaboradores de investigación, y como escritores y profesores, se dan apoyo, alientan e inspiran los unos a los otros, y sirven también de mentores y modelos de referencia para aquellos, en especial estudiantes graduados, que aspiran a ser teólogos. Más aún, vínculos de solidaridad se extienden a través del espacio y el tiempo, uniendo a teólogos a lo largo y ancho del mundo de distintos países y culturas y a través del tiempo en distintas épocas y contextos. Esta solidaridad es verdaderamente beneficiosa cuando promueve la advertencia y observancia de los criterios de la teología católica tal y como quedan identificados en este documento. No hay nadie mejor situado para ayudar a los teólogos católicos a que se esfuercen en dar el mejor servicio posible, conforme a las características verdaderas de su disciplina, que otros teólogos católicos.

46. En nuestros días, es cada vez más común la colaboración en la investigación y publicación de proyectos, tanto dentro de cada uno como entre los distintos campos de la teología. Deberían cultivarse las oportunidades para realizar presentaciones, seminarios y conferencias que fortalezcan el conocimiento mutuo y el aprecio entre colegas en las instituciones y facultades teológicas. Además, se deberían fomentar las ocasiones para los encuentros interdisciplinarios y los intercambios entre teólogos y filósofos, investigadores de la naturaleza y la sociedad, historiadores, etc., puesto que, tal y como se indica en este documento, la teología es una ciencia que prospera interactuando con las otras ciencias, como así lo hacen también ellas en el fructífero intercambio con la teología.

47. En razón de la naturaleza de su tarea, los teólogos trabajan a menudo en las fronteras de la experiencia y de la reflexión de la Iglesia. En particular, dado el elevado número de teólogos laicos que tienen experiencia en áreas particulares de interacción entre la Iglesia y el mundo, entre el Evangelio y la vida, con las cuales pueden no tener en cambio tanta familiaridad los teólogos ordenados y los religiosos, se da el caso, cada vez más frecuente, de que los teólogos dan una articulación inicial de la «fe que busca entender» ante nuevas circunstancias frente a nuevos problemas. Los teólogos necesitan y merecen la ayuda orante de la comunidad eclesial en su conjunto, y particularmente la de otros teólogos, en el esfuerzo sincero que realizan en nombre de la Iglesia, pero el cumplimiento

meticuloso de los criterios esenciales de la teología católica es especialmente importante en tales circunstancias. Los teólogos deberían reconocer siempre la intrínseca provisionalidad de sus esfuerzos, y ofrecer su trabajo a la Iglesia en su conjunto, para su escrutinio y evaluación[73].

48. Uno de los servicios más valiosos que los teólogos se prestan unos a otros es el mutuo cuestionamiento y corrección, por ejemplo, por medio de la práctica medieval de la *disputatio* y la práctica actual de revisarse unos a otros los escritos, de manera que las ideas y métodos pueden pulirse y perfeccionarse progresivamente, y este proceso generalmente ocurre de forma saludable dentro de la misma comunidad teológica[74]. Por su propia naturaleza, sin embargo, puede ser un proceso lento y privado, y en particular en estos días de comunicación instantánea y de diseminación de ideas fuera del alcance estricto de la comunidad teológica, no sería razonable imaginar que este mecanismo de autocorrección es suficiente en todos los casos. Los obispos que velan por los fieles, enseñando y cuidándolos, tienen ciertamente el derecho y la obligación de hablar, de intervenir y si es necesario de censurar el trabajo teológico que consideren que es erróneo y dañino[75].

49. El diálogo y la investigación ecuménica proporcionan un campo privilegiado único y potencialmente productivo para la colaboración entre los teólogos católicos y los teólogos de otras tradiciones cristianas. En dicho trabajo, los asuntos de fe, de significado y de lenguaje se ponderan profundamente. Como trabajan para promover la comprensión mutua sobre aspectos que han sido ocasión de disputa entre sus tradiciones, quizás durante siglos, los teólogos actúan como embajadores de sus comunidades en la tarea santa de la búsqueda de la reconciliación y la unidad de los cristianos, de forma que el mundo pueda creer (cf. *Jn* 17,21). Esta tarea de embajadores requiere una especial adhesión, por parte de los participantes católicos, a los criterios aquí delineados, de forma que los múltiples dones que contiene la tradición católica puedan ofrecerse verdaderamente en el «intercambio de dones» que supone siempre el diálogo ecuménico y la colaboración, en el sentido más amplio[76].

50. Un criterio de teología católica es que esta debería practicarse en colaboración profesional, orante y caritativa con el conjunto de teólogos católicos en la comunión de la Iglesia, con un espíritu de mutuo aprecio y apoyo, atento tanto a las necesidades y comentarios de los fieles, como a la guía de los pastores de la Iglesia.

6. En diálogo con el mundo

51. «El pueblo de Dios [...] cree que es guiado por el Espíritu del Señor, que llena el orbe de la tierra»[77]. El Concilio Vaticano II dijo que la Iglesia debería por tanto estar preparada para discernir en «los acontecimientos, exigencias y deseos» del mundo de hoy lo que pueden ser signos verdaderos de la actividad del Espíritu[78]. «Para cumplir esta tarea, corresponde a la Iglesia el deber permanente de escrutar a fondo los signos de los tiempos (*signa temporum perscrutandi*) e interpretarlos a la luz del Evangelio, de forma que, de manera acomodada a cada generación, pueda responder a los perennes interrogantes de los hombres sobre el sentido de la vida presente y futura y sobre la relación mutua entre ambas. Es necesario, por tanto, conocer y comprender el mundo en el que vivimos, sus expectativas, sus aspiraciones y su índole muchas veces dramática»[79].

52. Todos los cristianos, al vivir con fe su vida diaria en el mundo, se enfrentan al reto de interpretar los acontecimientos y las crisis que surgen en lo que concierne a los asuntos del hombre, y se introducen en conversaciones y debates en los que, inevitablemente, la fe es cuestionada y es precisa una respuesta. La Iglesia entera vive, por así decirlo, en el punto de cruce entre el Evangelio y la vida de cada día, que es también la línea fronteriza entre el pasado y el futuro, puesto que la historia avanza. La Iglesia está siempre en diálogo y en movimiento, y dentro de la comunión de los bautizados, que están de este modo dinámicamente comprometidos, los obispos y los teólogos tienen responsabilidades particulares, como dejó claro el concilio. «Corresponde a todo el Pueblo de Dios, especialmente a los pastores y teólogos, auscultar, discernir e interpretar, con la ayuda del Espíritu Santo, los diferentes lenguajes de nuestro tiempo y juzgarlos a la luz de la palabra divina, para que la Verdad revelada pueda ser percibida más completamente, comprendida mejor y expresada más adecuadamente»[80].

53. La teología tiene una particular competencia y responsabilidad en este sentido. A través de su diálogo constante con las corrientes sociales, religiosas y culturales del momento, y a través de su apertura a las otras ciencias que, utilizando sus propios métodos examinan esos desarrollos, la teología puede ayudar a los fieles y al Magisterio a apreciar la importancia de los desarrollos, los acontecimientos y las tendencias en la historia humana, y a discernir e interpretar las vías por medio de las cuales el Espíritu puede estar hablando a la Iglesia y al mundo.

54. Se pueden describir los «signos de los tiempos» como aquellos acontecimientos o fenómenos de la historia de la humanidad que, en cierto sentido, por su impacto o extensión, definen la apariencia de un período, y vienen a expresar las necesidades y aspiraciones concretas de la humanidad en dicho momento. Al utilizar el Concilio la expresión «los signos de los tiempos», muestra que reconoce íntegramente la historicidad no solo del mundo, sino también de la Iglesia, que está en el mundo (cf. *Jn* 17,11.15.18) aunque no es del mundo (cf. *Jn* 17,14.16). Todo lo que acontezca en cualquier parte del mundo, sea bueno o malo, no puede nunca resultar indiferente para la Iglesia. El mundo es el lugar donde la Iglesia, siguiendo las huellas de Cristo, anuncia el Evangelio, da testimonio de la justicia y misericordia de Dios y participa en el drama de la vida humana.

55. Los últimos siglos han presenciado muchos cambios sociales y culturales notables. Se podría pensar por ejemplo en el descubrimiento de la historicidad y en movimientos tales como la Ilustración y la Revolución francesa (con sus ideales de libertad, igualdad y fraternidad), en los movimientos de emancipación y de promoción de los derechos de la mujer, en los movimientos a favor de la paz y la justicia, en la liberación y la democratización, y en el movimiento ecologista. La ambivalencia de la historia humana ha llevado a la Iglesia en momentos del pasado a ser extremadamente cauta en lo que se refiere a dichos movimientos, a fijarse solo en las amenazas que pudieran ocasionar a la fe y a la doctrina cristiana y a descuidar su importancia. No obstante, tales actitudes se han ido modificando gradualmente gracias al *sensus fidei* del pueblo de Dios, a la mirada clara de creyentes individuales proféticos, y al diálogo paciente de los teólogos con las culturas circundantes. A la luz del Evangelio, se ha realizado un mejor discernimiento con mayor disposición a buscar la forma en que el Espíritu de Dios pudiera estar hablando por medio de tales acontecimientos. En todo caso, el discernimiento debe distinguir cuidadosamente entre los elementos compatibles con el Evangelio y aquellos que le son contrarios, entre las contribuciones positivas y los aspectos ideológicos, pero la comprensión más precisa del mundo que resulte no podrá dejar de impulsar una apreciación mayor y más profunda de Cristo el Señor y del Evangelio^[81], puesto que Cristo es el Salvador del mundo.

56. Al mismo tiempo que el mundo de la cultura humana se beneficia de la actividad de la Iglesia, esta también se beneficia de «la historia y la evolución de la humanidad. La experiencia de los siglos pasados, el progreso de las ciencias, los tesoros ocultos en las diferentes formas de cultura humana, con los que la naturaleza del hombre mismo se manifiesta más plenamente y se abren nuevos caminos hacia la verdad»^[82]. El trabajo laborioso para establecer vínculos provechosos con las otras disciplinas, ciencias y culturas, para fortalecer esa luz y ampliar tales vías, es tarea propia de los teólogos, y el discernimiento de los signos de los tiempos presenta grandes oportunidades para la empresa teológica, a pesar de las complejas cuestiones hermenéuticas que despierta. Gracias al trabajo de muchos teólogos, el Vaticano II fue capaz de reconocer distintos signos de los tiempos referentes a su propia enseñanza^[83].

57. Al prestar oídos a la Palabra definitiva de Dios en Jesucristo, los cristianos se abren a la escucha de los ecos de su voz en las otras personas, lugares y culturas (cf. *Hch* 14,15-17; 17,24-28; *Rom* 1,19-30). El Concilio recomendó que los fieles deberían «familiarizarse con sus tradiciones nacionales y religiosas; descubrir gozosa y respetuosamente las semillas del Verbo latentes en ellas»^[84]. En particular enseñó que la Iglesia católica no rechaza nada de lo que hay de «verdadero y santo» en las otras religiones no cristianas, cuyos preceptos y doctrinas «no pocas veces reflejan un destello de aquella Verdad que ilumina a todos los hombres»^[85]. De nuevo, el descubrimiento de tales semillas y el discernimiento de dichos rayos es tarea especialmente de los teólogos, que tienen una importante aportación que realizar al diálogo interreligioso.

58. Un criterio de teología católica es que debería estar en constante diálogo con el mundo. Eso debería ayudar a la Iglesia a leer los signos de los tiempos iluminada por la luz que proviene de la revelación divina, y a beneficiarse así en su vida y misión.